

El hombre que invitó a los abogados a alzar la voz del Derecho

OBITUARIO

Por Consuelo Madrigal

En las tragedias de Eurípides, los dioses abren paso a lo inesperado. En la *Ilíada*, hacen morir jóvenes a sus preferidos. Ha muerto Antonio Hernández-Gil Álvarez Cienfuegos, músico, humanista, teórico y maestro del Derecho, académico y abogado en ejercicio. Esposo, padre, hermano. Amigo de tantos...

Creció en una familia de juristas para los que la cultura era más que un estilo de vida, como diría Fichte, una forma de libertad política y moral. Junto a la majestuosa figura de su padre, D. Antonio Hernández Gil, brillaba con íntima discreción, D^a Amalia Álvarez Cienfuegos, una dama cultísima y amablemente irónica, traductora de Tolstoi. Incluso en aquel ambiente de raro nivel, el talento de Antonio, su precoz dominio de la guitarra clásica, su autoridad filosófico-matemática, sus incursiones en el mundo de la astronomía, eran más que un adorno, una reordenación original de su formación. Se licenció en Derecho a los 20 años, con premio extraordinario y matrícula de honor en la totalidad de las asignaturas. Pocos meses después se doctoraba *cum laude* con un deslumbrante abordaje lógico-lingüístico de la interpretación de las normas. Con 26 años, ganó la Cátedra de Derecho Civil de la UNED, de cuyo claustro siguió formando parte, comprometido con la excelencia y con la Universidad como ámbito de construcción del mundo y del futuro; reivindicando el papel de la Universidad en la tarea de cohesionar países y culturas, para construir organizaciones políticas basadas en valores e ideas con fuerza para reemplazar a las ideologías que anulan la conciencia y la responsabilidad individuales.

Toda una vida profesional como letrado en ejercicio con intervenciones antológicas en algunos de los pleitos más importantes de los últimos años, proporcionaron a Antonio una conciencia precisa de la importancia del abogado en la vida de los ciudadanos y en el fomento de la paz social. Como decano del ICAM, defendió los intereses profesionales de sus compañeros, clamando frente a los ataques al derecho de defensa, al problema de las tasas judiciales o la desatención de esa parte esencial del sistema de la justicia que es la "asistencia jurídica gratuita", pero subrayando siempre las obligaciones del abogado, frente al cliente y la sociedad. En este mundo impredecible, cuyos mapas y atlas aún no sabemos trazar, cuando los logros en el terreno de la libertad corren el riesgo de perderse, Antonio presentaba a los abogados bajo la hermosa metáfora de los cartógrafos del atlas-aún-no-trazado de ese mundo difícil, invitándoles a alzar la voz del Derecho y a modular juntos reflexiones comprometidas con la justicia y la libertad.

Al ingresar en 2013 en la RAJyL, su discurso, una pieza filosófica de alto



Antonio Hernández-Gil Álvarez Cienfuegos.

Invocó la universalidad fraterna del alma humana para fundar un humanismo digno del siglo XXI

rango, retomaba la corriente que, desde el estoicismo clásico y el debate escolástico sobre la pobreza franciscana frente a las propiedades de la iglesia, desembocaba en el cosmopolitismo kantiano. Una lectura inteligente que hacía de textos pasados una presencia presente para afirmar que las cosas podrían ser diferentes; que apostaba por orientar el papel liberador de los derechos del hombre a los ideales de comunidad universal, por someter los derechos a una responsabilidad social que comprenda a todos, individuos e instituciones, y dar a esta tarea el nombre y el alcance de la edad de los deberes.

Si el jurista, como cualquier otra persona, debe ser un artista, Antonio lo ha sido. Intérprete de rara perfección técnica, explorador de antiguas partituras perdidas... era también oyente cualificado, capaz de comunicar, con tacto y autoridad técnica incomparables, la calidad, la intensidad, las variaciones y matices de las más difíciles experiencias estéticas —*La Pasión según San Juan*, de Bach, o *San Francisco de Asís*, de Messiaen— esas que apelan a lo más profundo de nuestro ser de una manera evidente, aunque inaccesible al análisis común.

En sus muchas terceras en *ABC*, lejos de un adoctrinamiento político o cultural, la voz de Antonio Hernández-Gil adquirió resonancia y función filosóficas,

proporcionando a sus lectores instrucción, apremio, aflicción, consuelo y, también, motivos para la esperanza. Desde la paradoja de Olbers y la música de Bach a *Las Suplicantes* de Eurípides, imagen universal de los que, huyendo de la muerte y la guerra, llaman a las puertas de nuestra ciudad segura, Antonio reflexionó sobre las urgencias de nuestro mundo, mostrando que, en realidad, todo gira en torno a la compasión, que sólo universalizando la compasión entenderemos las lágrimas y esfuerzos que lloran las cosas; urgiéndonos a anteponer el compromiso con las personas a los requerimientos económicos y a encontrar el impulso moral que genere acciones valiosas para paliar el dolor de los demás que es el otro nombre del mal en el mundo. En un mundo difícil y amenazado, Antonio invocó la universalidad fraterna del alma humana para fundar un humanismo digno del siglo XXI que ponga fin al eclipse del hombre; para exigir, con dejes proféticos, un mundo de justicia aquí y ahora. Y lo hizo con la carga visionaria de quien tiene de su parte la verdad y de quien siente de manera muy honda, hasta llegar a adquirir la fuerza coercitiva de la convicción.

Ha muerto el hombre, pero el ideal humanista que propuso y encarnó en sí mismo Antonio, construido con materiales morales, jurídicos, filosóficos y poéticos de la civilización occidental, es capaz de promover la emancipación de todos en un mundo-para-nosotros y seguirá siendo una invitación para quienes, pese al escepticismo generalizado, se dejan conmovir por lo noble y hermoso de este mundo.

Jurista y ex fiscal general del Estado